

SOCIEDAD CIVIL

A menudo se atribuye a Bertolt Brecht un breve poema que entre todos hemos convertido en un pequeño credo de la conciencia civil. Su verdadero autor, sin embargo, es Martin Niemöller, prisionero durante la Segunda Guerra Mundial en el campo de concentración de Dachau. Recordémoslo:

*“Primero **vinieron** por los comunistas y no dije nada porque yo no era comunista. Luego **vinieron** por los judíos y no dije nada porque yo no era judío. Luego **vinieron** por los sindicalistas y no dije nada porque yo no era sindicalista. Luego **vinieron** por los católicos y no dije nada porque yo era protestante. Luego **vinieron** por mí, pero para entonces ya no quedaba nadie que dijera nada.”*

Si estas palabras tienen vigencia es porque aún hoy las víctimas del terror y de la injusticia esperan de sus semejantes que “digan algo”. Para eso estamos aquí hoy: para expresar nuestro apoyo a quienes han sufrido y sufren las consecuencias de la barbarie. Pero también para hacernos dignos de nuestra condición de ciudadanos, sean cuales sean nuestras ideas, credos o circunstancias. En ocasiones, las instituciones y sus gobernantes podrán mantener un silencio que se confunda peligrosamente con el olvido. Nosotros, en cambio, no olvidamos. No olvidamos a las víctimas de ETA. No olvidamos a las víctimas del 11-M. No olvidamos que nosotros somos las víctimas.

Todos nosotros.

Pues no hay nada que nos distinga de ellas y nos permita respirar tranquilos en la comodidad de nuestras casas. Las víctimas son quienes mejor representan el coraje de la ciudadanía anónima. Y son como nosotros. Son nosotros.

Digamos algo. Aquí, ahora, mañana y en cualquier parte. Llenemos con palabras de consuelo y esperanza ese silencio aflictivo que es vecino inseparable de la muerte.

Los asesinos se desangran por las costuras del verbo pronunciado.

Hablemos, pues.

Todos los que hacemos deporte sabemos que el deporte es algo muy serio. Si no entrenas todos los días, no consigues superarte. Si no apoyas a tus compañeros en el terreno de juego, tu equipo no gana. Si no respetas a tus rivales, acabas perdiéndote el respeto a tí mismo. Si no respetas al público, el público no te respetará. Si no te conformas cuando pierdes, no sabrás conformarte cuando ganas. El deporte es una escuela de vida: aprendes a vencer tus limitaciones, y conocerlas; aprendes a reconocer el mérito de los que son mejores que tú; aprendes a conocer a las personas, porque hacer deporte exige convivir con muchas personas, a veces en situaciones difíciles; y, sobre todo, aprendes a conocerte y a valorarte a ti mismo. Sin amor al deporte, a cualquier sociedad le faltaría algo muy importante.

En Escuela Cultura de Paz queremos llevar los verdaderos valores del deporte allí donde la falta de oportunidades y la marginación estropea muchas vidas. Para salir de la marginación es necesario sentirse fuerte como persona, querer mejorar como persona. Es verdad que haciendo deporte no se sale de la marginación social, pero es el primer paso, un primer paso fundamental. Querer es poder.

Estamos en el Santiago Bernabeu. Aquí se han jugado muchos partidazos y se han ganado muchos trofeos. Pero el Real Madrid no sería lo que es, ni el Sevilla tampoco, ni el Betis, si sus jugadores no hubieran empezado como empezaron. De la nada, muchos de ellos sin otra cosa que la ilusión y el espíritu de sacrificio. Detrás de cada jugador hay una vida de esfuerzo y de dedicación. Más que las victorias y los trofeos, el deporte es eso. Esfuerzo, trabajo, ganas de superarte. Y por eso es algo tan serio.

Muchas veces se ha dicho que a los jóvenes españoles no les interesa la política. Es verdad. Pero esto no es culpa de los jóvenes, sino de la esa política en la que todos pensamos cuando alguien dice “¡ya están hablando de política!”. Sí que nos interesa la política cuando los políticos se ocupan de las personas, de sus problemas, de los problemas que las personas tienen cada día. Cuando leemos la Constitución Española en el Instituto pensamos “esto se cumple, esto no se cumple”. Se cumplen algunos derechos, como el derecho a decir lo que uno piensa. Pero no se cumplen otros, como el derecho a la vivienda. Y si algunos de estos derechos no se cumplen en España, que es una democracia, en otros países no se cumple ninguno o casi ninguno. En España queremos que se cumplan nuestros derechos, pero en otros países nos gustaría que la gente tuviera los mismos derechos que nosotros, derechos democráticos, derechos humanos. Nos gustaría que se dedicara más dinero a la cooperación, a la solidaridad con los países pobres, a evitar que la gente como nosotros se siga muriendo de hambre, o de SIDA, o por causa de guerras que ellos ni nosotros entienden. Con el proyecto Escuela Cultura de Paz intentamos ayudar a evitar conflictos, a superar la marginación social, que es una injusticia, a convivir con personas de otras culturas y de otros países. Lo que hacemos procuramos hacerlo bien, pero todavía es muy poco porque tenemos muy poco poder. A los que más pueden, a nuestros representantes políticos, hay que exigirles más esfuerzo. Porque pueden hacer mucho más que nosotros, y mejor. Querer es poder. Y si quieren, tendrán a los jóvenes de su lado. Seguro que entonces nadie dirá que los jóvenes pasan de la política. Porque de eso se trata, de hacer política para la gente, de hacer política de verdad.